

Súbito Escalofrío

VALERIA LOY



CAPÍTULO I

Bajo la mirada de la noche, una turbia luz rebotó en la pared de aquel viejo edificio que históricamente había adornado una de las esquinas más importantes de la ciudad. Las gotas resbalaban por las tejas. La lluvia parecía cesar, aunque seguía cayendo. La suela de madera de las botas chocaba con el empedrado de la solitaria calle. De un bistró bar —al menos, eso se podía leer a distancia— salió un hombre que fue pateado por la espalda, quizá para que huyera o pagara la cuenta. El aroma a piedra mojada le empapaba el pulmón de cristalina sensación a soledad. Emiliano Paganini entró por una ruidosa puerta para cubrirse de la lluvia y tal vez beber una copa de vino o una cerveza de malta.

Un súbito escalofrío recorrió su cuerpo. Había de encontrarla antes de que fuese demasiado tarde. Su obsesión por ella había crecido en los últimos días. Emiliano sabía que tenía que

dejarla ir, que no debía acercarse a ella. Era una locura. Lo estaba matando. En la espera, allá en una esquina, una dama sentada lloraba desolada. La mujer sujetaba un cigarrillo. La observó cuidadosamente. La frialdad de su mirada tornaba colorado el rostro de Emiliano; le provocó la sensación de acercamiento.

Decidió sentarse en una mesa pegada a un muro para pasar desapercibido. El mesero le arrimó el menú. Emiliano ordenó una copa de vino. El mesero le hizo una sugerencia y él indicó que deseaba «Ese» —no recordaba qué ordenó—. Solo una intriga sacudió su mente: marcharse en cuanto antes.

Abatido por el escándalo, las lágrimas atormentadas salían apresuradas de sus ojos; únicamente podía beber de su fiel copa, que en ningún instante parecía vaciarse.

Las últimas dos semanas antes de que la policía llegara a Real de Asunción, ciudad que lo vio todo bajo la luz de la luna, las actividades de los ciudadanos eran como cualquier otro día normal —al menos, así es como todo lucía en un día a día en Real Asunción—. La policía buscaba al detective Morales y al agente Paganini, quienes investigaban el caso de la desaparición de cinco ciudadanos y la muerte de una mujer dos años atrás.

El detective Morales, que había llegado a la ciudad dos años antes que el agente Paganini, recibió información anónima acerca de lo que estaba sucediendo. Todo señalaba a un famoso bistró bar que por décadas había acogido a generaciones y las había visto nacer, crecer y reproducirse hasta finalmente morir. Se decía que quien entraba ahí solo salía con una extensa familia lista para llevarlo al éxito. La intención era que nadie sufriera de un corazón solitario. Lo cierto es que también se mencionaba a la empresa del gran emporio de don José.

El bistró bar daba los mejores desayunos por las mañanas, además de excelentes *bellinis*, que se comenzaban a servir a partir de las seis de la mañana y hasta las doce. Después llegaba la hora de un ligero *brunch*, hasta las dos de la tarde, y a partir de entonces, la comida. El menú de la cena empezaba a las seis de la tarde y la cocina cerraba a las tres de la madrugada. Solo las personas influyentes podían quedarse en el bar hasta las seis de la mañana.

La ciudad de Real Asunción era pequeña, aunque su pujante economía había incrementado la población hasta un total de 264 905 habitantes, que migraban de todo el mundo. El esfuerzo de los realasuncionenses había causado un gran impacto en la economía de la ciudad, así como su reconocimiento nacional como una de las más fascinantes pequeñas grandes ciudades del país. Su excepcional geografía era ideal para la pesca, la agricultura, la ganadería, la construcción; sobre todo, al ubicarse en una playa que colinda con dos importantes ciudades: Ciudad Mayor y Playa Paraíso. Real Asunción fungió como el punto de estabilidad económica entre estos dos lugares. Pese a que era una ciudad significativamente grande, el control político, económico y social lo ejercían un par de familias. Una de ellas, la de don José y la otra, la de los Rivas-Palacios. Los mayores generadores de empleos y de infraestructura.

Los realasuncionenses podían presumir de una ciudad cálida, hospitalaria y llena de historias. El turismo, que raramente recorría sus pintorescas calles, era invitado a quedarse a vivir aquí; el misterio, el orden y la calma eran imposibles de dejar pasar por alto.

Los planos de la ciudad estuvieron a cargo del ingeniero don Emilio Fausto Guadalupe Rivas-Palacios Gio, quien de pequeño construía maquetas en su humilde hogar en Playa Paraíso. Vivía en una casita muy pequeña, sin ningún tipo de lujo. Algo que lo caracterizó es que siempre fue un visionario. Aspiraba a una mejor vida. Deseaba darle un hogar a su madre y a sus tres hermanos menores, que fueron abandonados por su padre. Confor-

me fue creciendo, se puso como meta obtener trabajos en los que pudiera aprender el oficio de la construcción. Cuando hubo adquirido experiencia y ahorrado dinero, formó su propia empresa.

Sin saber leer ni escribir, acudió en ayuda de su vecino, un profesor de la primaria. Tras años de esfuerzo, un día recibió el llamado: debía construir una ciudad en las tierras de un tal José, un multimillonario heredero que deseaba crear su propio puerto con el fin de demostrarle a su padre que lo podía lograr. Pronto nacería un fascinante mundo. Una mágica ciudad vestida de grandes y románticos edificios, de bohemias calles empedradas. Una urbe inspirada en el México colonial, así como en el sutil trazo japonés, que de igual modo presentaba una mezcla exótica de las ciudades europeas más emblemáticas.

La urbe se destacaba por dos avenidas principales: avenida Mayor y avenida Paseos y, desde luego, el emblemático malecón, la puerta que abría la ciudad. Un significativo detalle: vivir en cierta zona de Real Asunción comportaba el riesgo de no poder comprar o alquilar, mucho menos tratándose de alguien que no hubiera nacido en la ciudad. De este modo se evitaba que llegaran personas con malas intenciones y que ello afectara a la tranquilidad y seguridad de los habitantes, que apenas recurrían a la policía. Todo estaba perfectamente bajo control.

Un saxofonista parado en el estribo sacudió con su música a los presentes. Los cuerpos iban reaccionando al compás de los patillos del contratiempo, un poco de *splash*, los golpes palpitantes del bombo. Para finalizar, un *tom* de aire. La noche estaba por comenzar y la frustración sexual se liberaría en cualquier momento. Solo había que permanecer bajo la luz de la sombra.

En el bistró bar las discretas carcajadas se esparcían por doquiera y alertaban de que la inhibición estaba por desbordarse.

Suspiros aterrados por la ironía, la ignorancia y el desenfreno cautivaban la pasión más repulsiva del erotismo. En silencio permanecía el agente Paganini, que parecía buscar el momento adecuado para sorprenderla con una copa de champán; el sudor corría por su frente.

Fernando el cantinero tomó una franela y, alejando de los presentes, secaba los vasos a la par que observaba a los comensales como si no existieran; los colocaba con cuidado sobre una repisa. Durante el acto pasó la lengua por los dientes repetidamente y en el proceso dejó ver su pieza de oro, que brillaba bajo la luz de las bombillas; el resto eran dientes podridos. Regaló una sonrisa malévola a sus comensales y acentuó su función como el impositor de respeto del bistró bar. Algo en el agente Paganini no le hizo gracia; sin embargo, lo dejó pasar. Una mesa pegada al muro se había desplazado de lugar por algún extraño movimiento abrupto de la tierra, pues se encontraba en medio de la pista o, al menos, en lo que era el punto de reunión para aclamar el famoso *swing jazz* por el que estaba siempre tan concurrido el local. La mirada de todos los presentes le distrajo.

Emiliano se dirigió al buró de hombres y se refrescó el rostro. El mozo le ofreció un percutido pañuelo blanco y le arrimó una cesta llena de artículos masculinos. El hombre se colocó un poco de cera barata. Después perfumó su pecho con loción, que más que una loción era un recipiente de alcohol etílico. Por último, una menta para refrescar su áspero aliento.

La luna alumbraba el interior del bistró bar, que por años abrazó el arte y el amor; suspiros desalentados que quedaron a la mitad de la cúspide de la montaña. El deseo y las adicciones sepultaron el amor que, frenéticamente, empolvieron los sueños fecundos hacia el éxito y la prosperidad de los realasuncionenses.

Emiliano, abatido por la ansiedad, derramaba gotas de *malbec* al piso tras perder el equilibrio de la copa. Su mano quedó con

manchas moradas. Casi decidido, bebió de la copa de champán que sería entregada a la misteriosa cuando volteara en busca de la provocativa mujer. Esta, regocijada, hablaba de un gran sufrimiento. El mesero le llevaba copa tras copa y, por último, una más después de las ocho anteriores que ya se había tomado. Cargado de alcohol, tomó finalmente la decisión de acercarse. Era tanto el frenesí que recurrió a todas las copas para lograr aventarse a la sensual experiencia de miradas que hablaban sin palabras, que desnudaban y, a la vez, acalladas, se ocultaban en sorbos de desesperación por un beso deseado.

La música parecía dar vueltas y vueltas por todo el local. Las carcajadas de los comensales eran exageradas. Los hombres bebían como si fuera el final. Las mujeres sepultaban las caderas entre las piernas de sus hombres; eran ellas quienes recurrían al alcohol para poder soportar los deseos masculinos. Del cling de las copas brotaba luz con un fuerte resplandor.

La mujer de labios oscuros se volteó al ver al agente Paganini desde la otra orilla mientras atendía a los comensales. Ella le lanzó una mirada de odio. Luego se dirigió al tocador de damas una vez hubo dejado la charola de servicio. Dentro del baño Atina se postró ante el espejo y se quedó atónita. Su rostro lucía grotesco. Su cabello era un estropajo desgastado. Su cuerpo lucía viejo y su sonrisa había sido arrebatada a puños. Para ella ya nada tenía sentido. Talló las manchas negras que corrían por sus ojos. Se limpió con torpeza. El rojo se profundizaba en los párpados. Sus ojos rojos e irritados se tornaron de color miel. La señora encargada de la limpieza, malhumorada, estiró el brazo para aproximarle un pañuelo rosa que parecía no haberse lavado en años. Aun así, lo tomó y se secó las manos.

1

Dos años antes

Las horas parecían pasar rápido; sin embargo, el tiempo se detuvo. Al centro de la pista, dos mujeres se acercaban para provocar con su cuerpo al ocaso del piano que, melódicamente, les rozaba el cuello: las enamoraba y las lastimaba. El bajo retumbaba en sus oídos como olas del mar humedeciendo su interior. Sátira poesía que emanaba de los gordos labios de la chica más alta, Margot, quien rondaba los treinta. Vestida de lentejuelas doradas, irradiaba la dicha de la arquitectura contemporánea. Era majestuosa por su belleza y los firmes pechos, que agitaban sin sentido todas las miradas puestas en ella.

La segunda mujer, Elena, era de estatura media y también rondaba los treinta. Ocultaba su mirada en los pechos de su pareja de baile, también su rival, que no hacía más que seguir su propio ritmo. El rostro de Margot se dejaba guiar por el sonido de la trompeta. Luego dejó caer las manos sobre los hombros de Elena; los cuerpos se mecían de delante hacia atrás. Todo era convincente, todo era elocuente, todo era mortífero. Ambas se mordían los labios conforme la sed inundaba su boca; las lenguas

parecían desesperadas, necesitaban alimento. Los dientes rechianaban a la par que el tictac del reloj marcaba las doce de la noche.

Las manos estaban empapadas de sudor; las copas ya no eran seguras para ellas, ya que el vidrio podría implicar su muerte o la satisfacción de los enojados y desalmados maridos. El pudor llegaba hasta lo más alto y marcaba la temperatura corporal y ambiental. Las ventanas comenzaban a empañarse. Las cortinas se cerraron por arte de magia. El volumen de la fiesta llegó al tope. Solamente estaban ellas. Las cuerdas del piano, el bajo y los tambores de la batería tronaban y soltaban fuego. Los dedos de los músicos escurrían sangre; no lograban dejar de tocar y, atraídos por la inmortalidad del maravilloso sonido, desprendían chispas de adrenalina que hacían temblar a los presentes.

Elena se acercó aún más a Margot. La mente le daba vueltas. Le pedía que dejara a Mateo. Estaba segura de que Miguel, su esposo, no se rehusaría a firmar los papeles de divorcio. Era una locura que ambas mujeres se amaran y estuvieran casadas con dos hermanos de sangre. Por suerte, coincidieron en el mismo lugar para perseguir su amor.

Unas horas más tarde sucedió lo inevitable. Mateo, aferrado a no dejar ir a su mujer, soltó un balazo a la que iba a ser la musa de sus sueños. Atónitos y pasmados, nadie reaccionó. Margot cayó lentamente, dejó caer su copa en su floreado vestido. Elena oyó un disparo mientras estaba en el baño y salió corriendo. Solo había sangre en el piso. Margot no podía negarse; solo se dejaba llevar y cerró los ojos. Mateo, enamorado, creyó que la infinidad los rescataría del pasado oculto que un día reveló la verdad sobre el amor que ella sentía por Elena desde hacía un par de años, cuando este se convirtió en prisionero de su propia mente.

Mateo no podía creer que se tratase de la mujer de su hermano; si hubiera sido otra mujer... Margot y Elena se conocían más que a su suerte; todos los días pasaban horas descubriendo la anato-

mía femenina mientras Elena le daba clases de cocina en su restaurante. Cocinaban hormonas de angustia para que no fueran descubiertas ante atroz desventura.

Elena fue incapaz de contener las lágrimas. Un fuerte dolor golpeó su abatido corazón; gritaba desesperadamente por Margot. Las pocas personas que aún permanecían en el bistró bar evitaban el contacto visual. Elena preguntó como loca por alguien que parecía no existir; al menos, era lo que querían hacerle creer. Miguel clavó la mirada al suelo. El cuerpo fue envuelto de inmediato y, como un sueño, desapareció de la faz de la tierra. Desparovido, Mateo salió huyendo detrás de la ambulancia.

Elena continuó tiesa en una silla. El cuerpo de Margot aún se sentía fresco. Entonces se acercó un hombre que no reconoció y le ofreció una copa de absenta, para suturarle el alma, que le provocó el desmayo. El momento pasó en cámara lenta. Despertó minutos después y se encontró acostada sobre su cama: todo indicaba que había sido tan solo un sueño. Miguel estaba acostado a su lado como cualquier noche.

—¿En dónde está? Sé que la mataron. ¡La mató! —insistente, preguntó Elena.

—¿De qué estás hablando, Elena? ¿A quién mataron?

—¡No me engañes! Mateo mató a Margot —afirmó con voz segura.

—Margot sí ha muerto, pero no fue Mateo. Yo sé bien que él no lo hizo. Huyó porque está asustado, porque le arrebataron al amor de su vida.

Miguel bajó la mirada y se pasó la mano por la frente. Era incapaz de hablar más y cayó nuevamente dormida. La pobre estaba alterada y no sabía lo que sucedía. Se preguntaba si realmente había sido una pesadilla o se trataba del impacto de una mala noticia que le había generado un trastorno.

Por su parte, Miguel figuraba calmado por fuera. Su interior era otra historia, pues estaba preocupado por su hermano. Todo fue tan rápido y oscuro que era imposible saber qué ocurrió de verdad. Tan solo conocía historias por aquí y por allá. No se localizó el arma; tan solo las huellas de Mateo por doquier.

El bistró bar regresó a la normalidad que le caracterizaba: calma en sus cinco sentidos y *jazz* en todos los rincones, con un *swing* carnoso y erótico. Las conversaciones giraban en torno a lo que había sucedido. El acto se convirtió en un secreto a voces que jamás saldría de esas paredes. Por el bien de Real Asunción, la verdad debía mantenerse alejada de la luz. Los intereses eran jugosos para todos los involucrados esa noche. Sin embargo, se hablaba de un problema mucho mayor. Alguna gente había desaparecido en los dos últimos años, así que la policía en Ciudad Mayor ya estaba detrás de Real Asunción. A los aclamados no les convenía llamar la atención de nadie, en el exterior en particular.

Cuando se decidieron los planos de Real Asunción, don Emilio Fausto recibió la orden de crear una ciudad prácticamente desde cero. Existían tan solo algunas casas regadas por aquí y por allá; por lo tanto, no representaba problema alguno a la hora de trazar un marco político, económico, educativo, social y de salud. Don Emilio Fausto siguió las instrucciones al pie de la letra y nunca cuestionó la procedencia de los bienes de don José. La paga que recibió por su leal contribución en el proyecto contenía varios ceros a la derecha, hecho que ayudó a posicionarlo como el segundo más rico de la ciudad. El primer lugar lo lideraba don José, quien decidió retirarse a Real Asunción y dejar el negocio familiar para abrirse paso en el mundo de los titanes, tal como haría su padre en Playa Paraíso.

En el transcurso de la creación de Real Asunción se hicieron traer grandes monumentos, piedras preciosas y metales de todo tipo. La finalidad era levantar grandes obras de arte que ilumina-

ran la ciudad. Pisos majestuosos y una gran variedad de plantas exóticas *ad hoc*, esto es, adaptadas al clima, y cuanto detalle fuese necesario para que sus habitantes pudiesen estar orgullosos de Real Asunción. Sin embargo, un hecho oscuro habla de una verdad contada a conveniencia, pues no todo se obtuvo de modo fácil. El derramamiento de sangre también forma parte de la historia que cuenta el origen del imperio más poderoso de la región.

Hablar de don José es hablar de un fantasma: se sabe que existe, pero no se conoce nada de su vida, de su pasado; tan solo una leyenda o un cuento. Por la tía Sofía, su esposa, se sabe que era carismático. De apariencia extremadamente ruda y calculadora, muy serio, un hombre de palabra. También platicaba a menudo la tía que tenía un gran corazón, pero cuando estaba molesto, mirarlo a los ojos era como estar viendo al mismo diablo. Cuestión que para tía Sofía fue todo un reto durante el tiempo que estuvieron juntos. Ella estaba segura de que su esposo había dejado un sinfín de enemigos a su paso, y de muertes ni hablar.

2

El detective privado Guillermo Morales llegó a Real Asunción de incógnito. Su identidad debía permanecer intacta. Pensó en una coartada sería y calculadora y decidió presentarse como un gale-rista, pintor y curador millonario. Rentó el local que estaba justo atravesando la avenida Mayor. Esta calle cruzaba con la avenida Paseos, una vía que se extendía hasta el inicio de la avenida Mayor. Fue pensada exclusivamente para salvar la glorieta que engalana un hermoso parque en la colonia Aire, en donde en poco tiempo se instalaron restaurantes, tiendas de diseño, de moda y oficinas administrativas para darle vida. Al otro lado de la avenida Paseos se ubicaban galerías de arte, estudios de moda y un par de restaurantes. Estos establecimientos daban paso a una segunda sección aún más exclusiva frente al bistró bar. En esta zona abrió sus puertas la galería de arte.

Morales debía observar paso a paso cada uno de los movimientos que se daban en el bistró bar. Quien lo contrató señalaba, en la correspondencia que le hizo llegar un par de meses atrás, indicaciones muy puntuales y pedía la mayor discreción posible: absolutamente nadie debía sospechar de él, pues se trataba de una situación muy delicada.

La primera carta del remitente anónimo llegó al despacho del detective Guillermo Morales. La secretaria de Morales, quien estaba por llegar a los sesenta años, tocó a la puerta de su oficina. Trajo en una mano un sobre amarillo y en la otra un cigarro que estaba por quemarle el dedo. Antes de que Morales diera permiso para entrar, la secretaria ya estaba aventando la carta sobre los demás papeles que tenía frente a él. Luego le deseó buenas noches y cerró la puerta. Morales movió un poco las manos para despejar la estela de aroma que dejó su secretaria; era el olor de unas cinco cajetillas juntas. Un aroma que ya era propio del despacho, porque por más que este le insistía en que redujera la cantidad de cigarrillos que fumaba al día, era un caso perdido. De los pocos en su vida.

Morales había trabajado por veinte años en el Departamento de Investigación y Control de Fraudes. En todo ese tiempo ganó una perfecta reputación. Tenía una fama muy peculiar. Él era, sin duda, un detective que sabía lo que hacía en todo momento; el margen de error era mínimo. Cuando decidió retirarse del Departamento, pensó en estudiar cocina o aprender a tejer y crear una marca de productos. No lo logró. Estudió cocina y aprendió a tejer; sin embargo, él necesitaba algo más, así que rápidamente abrió su despacho de investigación privada. La persona que le había hecho llegar la carta anónima indicaba que lo conocía de su etapa en el Departamento de Investigación y Control de Fraudes, hecho que le intrigó en demasía a Morales.

El remitente pedía que fuera lo antes posible a Real Asunción. Morales debía investigar a fondo por qué habían sido asesinadas tres personas. La Policía local las había reportado como desaparecidas, razón por la cual no estaban haciendo nada al respecto. Casualmente, los muertos estaban ligados al emporio de don José, que contaba con infinidad de empresas hermanas. Pese a ello, no eran las únicas en la ciudad. El remitente se preguntaba por qué se trataba de personas ligadas a las empresas de don

José. «¿Qué estaba pasando?, ¿por qué ocurrían en ese entorno?, ¿quién estaba detrás de esas muertes?, ¿qué habían hecho esas personas?»». Era una carta escrita a media cuartilla. Dentro del sobre había dinero: era la paga que se señalaba en la vieja página de Internet para recibir una asesoría.

Morales introdujo una hoja en blanco en la máquina de escribir y comenzó a teclear:

Necesitaré más datos. Estamos hablando de un tema mayor. Descuide, seré discreto. Mi secretaria le dará más información a la brevedad. Lo que proceda de mi dirección, por favor, destrúyalo.

Saludos,

Guillermo Morales, investigador privado

Un jueves de abril Morales llegó a la maravillosa Real Asunción. Tras haberse inventado la coartada perfecta para justificar su prolongada estancia, halló preparado el hospedaje gracias a su fiel secretaria, quien la mayor parte del tiempo se encontraba enfadada. Esta alquiló un departamento ubicado a dos cuadras, subiendo por la avenida Paseos. Era una exclusiva colonia tradicional de altos edificios con vistas al mar y con los mejores amaneceres. Los atardeceres se reflejaban en el empedrado de las pintorescas calles que enamoraban a cualquiera. Para el detective Morales, la ciudad no se trataba más que de otro caso por resolver y no de unas vacaciones con todo incluido. Desconocía del tiempo que le llevaría la investigación; no obstante, contempló la excusa de acudir continuamente a Ciudad Mayor por cuestiones laborales de la galería. Debía contar con una segunda coartada.

Una vez retiró el anuncio de alquiler de la galería, Morales comenzó manos a la obra para poder inaugurar pronto. Tener una falsa identidad suponía un mayor riesgo de ser descubierto, así que

su estancia debía ser lo más breve posible. Morales era un profesional y sabía que debía ser paciente. Era claro que se trataba de algo más estructurado, más poético a la hora de desglosar lo que pasaba. «El bistró bar podía ocultar cuanta información existiese, pues era un lugar en el que se guardaba o eliminaba todo lo que pudiera incriminar al asesino o asesinos», pensaba el detective.

Morales tenía solo un pequeño problema: ¿de dónde obtendría el arte del que presumiría en la inauguración? De inmediato recordó que su auxiliar de investigación tenía un conocido en Ciudad Mayor. Era un pintor hijo de un millonario que a diario organizaba fiestas en su mansión. Él asistió a una; ahí escuchó que estaba regalando todas sus obras. De este modo, Morales adquirió un número significativo de pinturas que ayudarían en esta primera exposición de arte. Él no era un experto en esta materia, pero dominaba a la perfección el arte de la investigación, reconocer a un criminal o a una persona corrupta tan solo con observarlo, así que interpretar una obra de arte no iba a ser ningún problema a la hora de vender.

Ya finalizada la semana, Morales colocó en el exterior de la fachada de la galería una lona anunciando la próxima apertura: «Se invita este sábado 15 de abril, a partir de las doce horas, a la gran inauguración de la primera galería de arte experimental en Real Asunción. Una vez termine habrá un cóctel», decía la publicidad, como si de una feria se tratase.

Tan solo contaba con una semana como margen para pulir los últimos detalles. Debía ser una inauguración majestuosa, cuyo impacto llamara la atención de las más altas esferas que le llevarían al famoso tataranieto de don José, José V, y al tataranieto de don Emilio Fausto, Fausto Guadalupe, y de su hermana Sofía Rivas-Palacios de León, esposa de José V (QEPD).

Mientras revisaba la remodelación y el acomodo de los cuadros, para que no sufrieran daños u otro percance, lanzaba

discretas miradas a la misteriosa esquina. «Hasta el momento no hay seña alguna de que se trate de un lugar peligroso o que oculte secretos oscuros», anotaba Morales en su mente. El personal se veía sumamente atento recibiendo a los comensales y estos entraban y salían felices y maravillados por la experiencia. Rendido y aún más interesado, tomó rumbo hacia el peculiar lugar, donde los aclamados se reunían. Debía de ser el primer punto que tenía que tocar para lograr esa conexión con la ciudad. Una vez concluyó la supervisión de la galería, se dirigió a su apartamento para descansar un poco y preparar todo el material para la investigación. Sin embargo, la frustración por conocer el bistró bar le hizo levantarse de la cama en donde se encontraba acostado; las preguntas iban cobrando vida.

Abrió la puerta del ropero para tomar una camisa limpia. Una vez se la abotonó, tomó un saco de color azul rey, color que, definitivamente, no pasaría desapercibido; incluso hasta las aves distraerían la mirada para clavarla en él. Sus mejores prendas y accesorios serían el maquillaje perfecto para darle vida a su nuevo papel de galerista y curador. Le bastó pensar en las clases para aprender a tejer y cocinar. Fueron su inspiración a la hora de elegir su identidad falsa. Ni todos los años que había pasado en el Departamento, observando cuanta cosa se presentase en las investigaciones, lograron inspirarle para su nuevo papel.

Tomó un puro de una vieja caja que decía «La luz oscura de enfrente siempre me ilumina y me inspira» y se dirigió a la puerta. En un pequeño pasillo encontró una mesita y de ahí cogió las llaves. Luego se miró en el espejo por última vez y salió decidido. Cerró la puerta con suma cautela y bajó los dos pisos por las escaleras, pues el elevador tenía ya cuatro meses que no funcionaba. Cuando estaba por salir, Morales se encontró con una vecina. Al verla, sujetó caballerosamente la puerta para que no se cerrara con el viento.

—¡Buenas noches! —pronunció atento Morales, y esbozó una sonrisa a la señorita, quien, sonrojada, respondió nerviosa al sentirse atraída por tan apuesto señor. Era su primer contacto con una ciudadana realasuncionense.

—¡Buenas noches! ¿Es el nuevo inquilino del apartamento 13?

—Sí, mucho gusto. Me presento, soy Guillermo Morales, galerista.

—¡Encantada! Yo soy Raquel, pero puede decirme Raquelita. Soy su vecina de enfrente, del apartamento 14.

—Entonces hasta pronto. Nos estaremos cruzando seguido.

Morales fue cortante con la introducción. Le agradaba tener un primer contacto con un local de Real Asunción. Sin embargo, debían ser breves sus interacciones con los habitantes para no caer en cuestionamientos. Cerró la puerta y no volteó hacia atrás; tan solo se percató de que la mujer estuviera subiendo las escaleras.

El clima era perfecto pese a que el viento azotaba las puertas y ventanas por las fuertes rachas que venían del norte. Frente al departamento había una tintorería, una lavandería, una carnicería, una tienda de velas, una tienda de lencería y, en la esquina, un pequeño supermercado. El lujo en cada uno de los establecimientos era notorio; Morales tan solo pensaba en lo costoso que iba a ser vivir ahí.

El flujo de los autos era liviano. Aun así, el claxon no dejaba de retumbar en la pared de los edificios. Se tenía la costumbre de dejar el coche a mitad de la calle, lo que dificultaba la circulación, cosa que parecía estresar a los apresurados automovilistas. A pesar del ruido, Morales caminó tranquilo observando lo hermoso y colorido de las fachadas de los edificios. La arquitectura lo cautivó. Un súbito escalofrío recorrió su piel de pies a cabeza. El aroma del viento le devolvió la esperanza de creer de nuevo en el amor, sensación extraña que le hizo limpiarse la frente con un pañuelo de seda que sacó del bolso derecho del pantalón. Debía caminar dos